

llegar a Perpiñán, lo primero que hace es beber champán y meterse en un baño turco.

En 1938, cuando la conferencia de Munich, el horror se refuerza con la actitud de las democracias ante el fascismo. El razonamiento de sostener a Hitler porque peor sería si no estuviera, la indiferencia de Rusia, se unen a los intereses del gran capital, que representan Chamberlain y Daladier. Lo desconciertan sus amigos ingleses de izquierda, que defienden al Imperio y creen que Chamberlain no lo hace suficientemente, y también sus amigos comunistas, cuando censuran a los suicidas, con un criterio moral inhumano, sin condiciones, «enormemente prusiano».

Con Ernst Bloch sostiene disidencias cada vez mayores. Su interpretación marxista y totalizante del mundo le parece inaceptable. En julio de 1939 le dice: «*Entre nous*: una Alemania ortodoxamente marxista sería tan insoportable para mí como la actual, aunque objetivamente fuera mejor. Las últimas palabras de Crevel: estoy asqueado de todo».

Cuando el pacto Hitler-Stalin se pregunta: ¿dónde situarse para luchar? Los soviéticos son astutos, pero su realismo es deprimente. El Frente Popular se ha deshecho y desaparece la unidad antifascista. La gran guerra carece de sentido. Es el momento más bajo de su vocación política. «Horrible deslizamiento del destino total. Sólo queda la fe, ese momento religioso en que se cree en la victoria de los buenos» (26.5.1940). «Lamentosa mirada en los ojos de los dioses. Sus sollozos tras oscuros paños. Nuestra música de Año Nuevo» (1.1.1941).

Esta crisis general de sus ilusiones progresistas le hace reconsiderar su visión de la Inglaterra de Churchill (parece que estuviéramos leyendo al Mago), su «grave e ingenuo orgullo»: es el único adversario de Hitler. En una conversación con su hermano Golo (28.1.1941) discurre que ser revolucionario no es, en sí mismo, progresista. La Revolución Francesa desembocó en una sublevación de la plebe que es un antecedente del nazismo (cf. las críticas de Burke y Gents). El cambio no es necesariamente mejoría y el culto irracional a la revolución conduce a la revolución nihilista del nazismo: ser todo y no ser nada. El destierro aumenta las dificultades para tomar posiciones políticas. Platón, Dante y Heine escribieron grandes obras en el exilio porque sus patrias existían. Pero los alemanes de la emigración se han quedado sin Alemania. Carecen de referencias radicales, son desarraigados: plantas sin raíces, de difícil supervivencia.

Una salida es la obtención de la ciudadanía norteamericana (25.9.1943). Su fantasía es recuperar Europa por medio de la guerra, aunque subsista el riesgo apocalíptico de una paz por separado entre Rusia y Alemania, base de una nueva alianza fascicomunista.

El desencanto político lo lleva al aislamiento mental y, por fin, a la Iglesia. Ruega a Dios que le perdone su «debilidad pecadora» y se entrevista con un capellán católico. A fines de 1943, se interesa por el espiritismo y proyecta escribir una novela con la historia de un cuerpo astral. Los diarios de 1944, que corresponden a su trabajo en el frente europeo, contienen escasas noticias sobre la guerra. Está en África del Norte y en Italia. En la posguerra (1945), en Austria, Alemania, Checoslovaquia y Luxemburgo. El resto de los diarios marcan su indiferencia dominante en materia política, sólo rota, ocasionalmente, por el triunfo de los laboristas en Inglaterra (1945) y la angustia ante una posible tercera guerra mundial (octubre de 1947).

VII

En 1935, Klaus ve a su amigo Jean Cocteau con aspecto de enfermo terminal: el opio acabará con él en pocas semanas. En rigor, Cocteau, instalado cómodamente en su infierno (así lo vio Ernst Jünger) vivirá hasta 1963. Klaus intentará desintoxicarse dos veces, sin lograrlo: en abril de 1938 (contemporáneamente a su tratamiento psicoanalítico con Bingswanger) y en mayo de 1949, el mes de su suicidio.

Los diarios contienen tantas precisiones sobre drogas (composición de las mezclas, frecuencia, calidad de los materiales, efectos, etc.) como los del Mago respecto a las pequeñas medicaciones cotidianas contra el dolor de muelas, el insomnio o la alergia de piel. No faltan episodios dolorosos: a veces, los pinchazos de la morfina le producen un intenso sufrimiento en las piernas y le impiden caminar.

¿Qué busca Klaus en su convivencia con las drogas? ¿Qué fuerza lo empuja por farmacias, trastiendas, esquinas peligrosas donde los amigos o los desconocidos le venden buena y mala materia? La droga le da curiosidad por la vida exterior y convierte en placentera la imagen de la muerte. Sin droga, lo dominan la angustia y la apatía sexual. La droga es una suerte de preparación para la muerte, de místico camino de perfección hacia el gran pasaje final de la vida. Es la manera de suprimir lo cotidiano y lo efímero, de tomar contacto con lo que no pasa ni caduca: el mito, la eternidad.

En las dos ocasiones marcadas por la desintoxicación, la abstinencia es seguida de depresiones angustiosas. Sin droga, la capacidad de disolverse como sujeto individual, es decir, de perder la calidad mortal, de evitar la muerte (si no soy un individuo mortal, no puedo morir), aquella capacidad se pierde. Retorna la vida como lo cotidiano que perece, el tiempo que pasa sin fatiga y la soledad que se dirige a la caducidad y el final. La

muerte es el tema obsesivo, entonces, pero la muerte como la promesa de un gozo inalcanzable. Klaus ruega a Dios, en tales momentos, que le enseñe a morir. En tanto la voz de Dios se hace esperar, acaso eternamente, Klaus se inmoviliza: no escribe, no come ni se mueve apenas.

Especial interés tiene la relación droga/escritura. Por ejemplo, es claro que ingiere bencedrina porque le ayuda a escribir. Pero también, que sus obras son páginas muertas. Las relee y las halla prematuras y atolondradas, salvo, quizá, la biografía de Tchaikovski. Obviamente, el diario es el texto que nunca leerá completo, aunque repasa ciertas épocas y las sintetiza, intentando razonarlas como períodos organizados (cf. lo que hace el Mago con sus diarios). La droga y Erika se interponen entre Klaus y la muerte, decretando que se arraigue en la escritura. «Debes seguir vivo para escribir» es la norma, acaso un eco de la voz paterna. La droga y la escritura son modos de sentirse felizmente muerto y eterno, y de no morir en la historia de cada día. No es casual que el suicidio llegue en un período de abstinencia.

VIII

Los diarios de Klaus pueden leerse como el texto de un agonizante. Son la crónica de una agonía y el ensalmo para evitar que conduzca a la muerte individual. Pero no faltan en ellos unos insistentes coqueteos con la Muerte, con su imagen o, más precisamente, con su nombre. Proclamas histéricas del deseo de acabar se transforman en trozos de escritura y sostienen, como muros maestros, la estructura de los diarios: la muerte es el único día de la vida que no tiene carácter cotidiano.

«A la mañana, sólo el deseo de morir. Hago la lista de mis ocupaciones cotidianas y las hallo sin importancia. Ha desaparecido la oportunidad de una unión feliz. En los próximos tiempos, la oportunidad de la gloria literaria faltará, verosímelmente, para nosotros. Si tuviera un veneno a mano, no dudaría, aunque están Erika y mamá. Unido a ellas. Pero es seguro que mi muerte seguirá a la de Erika, ya que el trabajo no me detendría. Luego, cesa la angustia de muerte. La muerte puede ser sentida sólo como salvación» (19.2.1932). «Sólo es totalmente amistosa la idea de la muerte» (24.12.1933). «Curioso: de momento, no vivo con desagrado. Sin embargo, lo único que me hace soportable la vida es el suficiente pensamiento de la muerte. No puedo siquiera vivir mucho más. En especial, cuando busco la muerte por el dulce y horrible camino de la droga. No por debilidad, sino por decisión» (27.3.1939).

Frente a este proyecto histriónico de morir sin dejar de vivir, que parece la fórmula paterna de «simpatía con el abismo» (pero siempre desde el brocal del pozo), existe el proyecto de apoderarse de la Muerte, donde anida el suicidio. Es poner fechas a la desaparición. Piensa en estar muerto dentro de seis meses, un año, diez o quince años, quizás a los noventa de edad, extinguiéndose de viejo. Pero no más allá: lo decisivo es la fecha de ese nomás. Normalmente, la reflexión viene al comienzo del año. Su vida se divide en ciclos anuales que se concretan en la escritura del diario (este año he escrito tales cosas, he conocido a tales gentes, me he vinculado con tales eventos políticos, etc.). Al iniciar 1937 se lee: «¿Año de la decisión? ¿Cuál?». Diez años después: «¿Cuánto más todavía?». El 30.6.1948: «¿Estoy en el final? ¿No puedo escribir más?». Y, por fin, al empezar el último año, 1949: «No continuaré estas noticias. No deseo sobrevivir a este año».

La muerte ajena le produce horror, pero también envidia (por ejemplo: las de Odón von Horvath y Thomas Wolfe). A veces, el horror viene de la imagen senil de un conocido: el tío Heinrich. ¿Seré alguna vez tan viejo como él? Klaus parece esperar que la Muerte lo autorice a cesar de vivir, que es lo que quisiera lograr. Tal vez, la contraorden materna de volver al útero, la vida con la madre y sin el padre. Entre tanto, si la existencia es diversión, broma y enigma, la muerte es la promesa de un helado consuelo, una fría amistad. «¡Qué fatigado estoy! Espero la muerte como un niño, sus vacaciones» (21.5.1939). La guerra, la muerte buscada pero que llega por mano ajena, es la esperanza que lo mantiene paradójicamente vivo en la profunda crisis de 1942: enfermo de sífilis, pobrísimo, desconectado de la familia, escaso de amigos, ha de mendigar unos céntimos para tomar el metro o comer un bocadillo. La política lo tiene indiferente, pero aguarda con impaciencia ser aceptado en el ejército. Un costado tanático y cercano a la ética heroica del Mago en sus *Consideraciones de un apolítico* parece aflorar en este Klaus seducido por la Muerte como forma de vida.

Otro perfil de la Muerte es la mortalidad, lo efímero y obsoleto de la vida como envejecimiento. Klaus no lo soporta y su busca del amante desconocido y siempre joven, que reproduce el voyerismo paterno, es una manera de rechazarse como viejo y conservar una constante lozanía. Ya en 1934 (con menos de treinta años) se siente viejo porque ve despoblarse su frente. Ese verano, en Finlandia, encuentra a su antiguo amante Hans Aminoff: está casado, aburguesado, frío y aburrido. «Lo pasajero. Cómo siento la piadosa mirada de la muerte». El 17.11.1936 anota: «Mortalmente triste. Esta es la última noche de mi tercera década. Mañana cumpliré treinta años. Ruego a Dios —que es quien debe hacerlo— con toda pasión: que esto no dure mucho más». Erika, hermana filadelfa y madre sustituta, parece convertirse en la señal divina: mientras ella viva, él no podrá morir.

Lo dice el diario repetidamente, hasta cierta fecha, cuando Erika y los demás familiares desaparecen de su memoria escrita, como la lengua alemana de sus apuntes cotidianos. «Lo único que temo, si llego a morir antes que Erika, es que su derrumbe llene de tormento mi último segundo» (25.7.1932).

La vida es, pues, una muerte intermitente, cuya imagen más verosímil es ofrecida por la droga. La vida, una espera de la muerte. Vivir es ir muriendo, agonizar: «Desde mi nacimiento, la muerte se puso en marcha». Lo único real de la vida (lo reflexiona a propósito de Tchaikovski) es lo efímero y la soledad. Sólo la canción consuela (la romántica *Trostung*, una vez más) y vence al dolor de vivir (*Leid/Lied*). Klaus recuerda a un romántico más, el irónico y amargo Heine, cuando parafrasea: «El Verbo se hizo carne y la carne se hizo sangre».

IX

Los diarios registran constantes referencias al suicidio, pero ninguna respecto a la decisión final. En este sentido, pueden considerarse un exutorio mágico: mientras Klaus puede discurrir por escrito sobre el suicidio, lo evitará.

Por otra parte, el suicidio es un tema clánico en el medio de los Mann Pringsheim. Las primeras anotaciones sobre el asunto aparecen a propósito de una relectura de *Muerte en Venecia* (13.6.1931). Frases del Mago se mezclan con citas de *Las mil y una noches* (el cuento que posterga la muerte) y el apotegma de Novalis: «El auténtico acto filosófico es el suicidio». El padre da la muerte al dar la vida. El acto de engendrar un hijo incluye la transferencia de la muerte propia. Pero media el pecado hereditario: «No es culpable el matador sino su víctima».

¿Dónde está el muerto? La absurda pregunta sólo halla una respuesta en espejo: el muerto está en el todo o permanece en sí mismo, pero no puede dejar huellas: va a otra vida, donde hay otra muerte. En cualquier caso, otra herencia familiar se da en Klaus: el pavor nocturno, la necesidad de dormir con la luz encendida, para que la tiniebla no se convierta en muerte. Su fantasía es que toda la familia sucumba como los Capeto, guillotinado por la plebe. Así no habrá amenazas nocturnas ni tampoco sobrevivientes.

El suicidio es visto, en otros momentos, como una actitud ante el mundo: una salida a la insoportable situación política o un deber, quizá religioso: «Sentido de mi destino. No, no puedo ni debo vivir más. Me he extendido demasiado hacia el otro lado y esto ha de tener su sentido» (16.8.1936). «Querer la muerte: no por desprecio, sino por sabiduría. La vida es una gran mierda. Quizá, mezclando todo, sólo un *mistake*, un error, como dice

BIBLIOGRAFÍA

KLAUS MANN: *Tagebücher 1931-1949*, seis volúmenes, ed. de Joachim Heimannsborg, Peter Laemmle y Wilfrid Schoeller, Spangenberg, München, 1989/1991.

ERIKA UND KLAUS MANN: *Bilder und Dokumente*, ed. Ursula Hummel y Eva Chrambach, Spangenberg, München, 1990.

EBERHARDT SPANGENBERG: *Karrier eines Romans. Mephisto, Klaus Mann und Gustaf Gründgens*, Spangenberg, München, 1982.

Text plus Kritik, n.º 93/94, enero 1987, München, monográfico dedicado a Klaus Mann.

BLAS MATAMORO: en los números 371 (mayo de 1981), 513 (mayo de 1993) y 521 (noviembre de 1993) de *Cuadernos Hispanoamericanos*.

Curtiss. Locura. Fiebre. Malentendido. Extravío. Pero ¿hay un estado mejor?» (10.6.1937).

Una zona de los diarios se dedica a recoger noticias de suicidios. Es como exorcizarlos: los otros se suicidan, no Klaus. Los amigos Ricki Hallgarten y Max Alsberg (1932); el intento de Annemarie Schwarzenbach (Miro, la amante de Erika); René Crevel (1935), quien pensó en el suicidio hasta el cansancio y luego, enfermo, se decidió a realizar el viejo proyecto; una mujer anónima que se mata con gas y deja escrito: «Ojalá mi sepulcro esté vacío, como vacía estuvo mi vida»; el suicidio de Ernst Toller y sus macabros detalles (22.5.1939); el de Robert Neppach, que se mata tras matar a su mujer; Grete Walter (hija de Bruno Walter y supuesta amante del cantante Ezio Pinza), el 21.8.1939; los suicidios de Walter Hasenclever y Walter Benjamin en 1940.

Los últimos doce años de su vida están jalonados por intentos de suicidio. El 1.10.1937 piensa arrojarse por una ventana, pero se inhibe por Erika (no por Tomski ni por el fastidio de estar vivo) y el peligro de sobrevivir con una pierna rota. El 24.10.1942 intenta abrirse las venas, logrando apenas herirse los pulsos. Es entonces cuando deja detallado su entierro. Dos días después vuelve a intentarlo. Tampoco lo consigue. Llama a Tomski, que se ha marchado de su casa. Tampoco puede contar con John Fletcher, preso por desertor. El 25.10.1942 anota: «Intentaré vivir de nuevo». El diario se interrumpe hasta enero de 1943, tal vez por efecto de una gran depresión. Es entonces cuando esboza su doctrina sobre el suicidio como protesta política (mejor dicho, añadamos: como protesta moral y religiosa contra esta «vida de mierda»). Considerado un comunista, el ejército norteamericano le niega el ingreso y Klaus ve, con indignación, que los Estados Unidos son un país nazificado, anticultural y racista. Luego, la decisión será revisada.

Trabajando en una adaptación de *La montaña mágica* para el cine (11.7.1948) vuelve a probar con gas. De nuevo, intento malogrado y relación del suicidio con un texto del Mago. En abril de 1949, varias anotaciones repiten el decreto: *Il faut en finir*. En francés, la lengua que emplea para las descripciones sexuales. La última anotación del diario, un día antes del eficaz suicidio, es del 20 de mayo de 1949: una cita con un tal Louis en el Zanzi-Bar de Cannes.

Blas Matamoro